

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 31 de octubre de 2018

Texto de referencia: J. Carrón-L. Giussani, ¡Vivo quiere decir presente!, supl. de Huellas-Litterae communionis, octubre 2018.

- *Aconteceu*
- *Il monologo di Giuda*

Gloria

Empezamos nuestro trabajo con la «tenacidad de un camino» (p. 12), esa a la que hemos sido invitados por don Giussani en la Jornada de apertura de curso. Lo primero que hemos planteado es que tenemos que tratar de comprender el texto sobre el que trabajamos para poder entender su alcance. Todos sabemos que la circunstancia que provocó esa intervención de Giussani fue el 68, que para él constituyó un verdadero desafío que le permitió descubrir algo más de lo que reconocía como verdadero. Hasta el punto de que se dejó provocar: «Hace quince años, cuando comenzamos con Gioventù Studentesca [...] la razón [...] en la que se buscaba apoyo para mover a la adhesión [...] era normalmente esta: hemos nacido en una tradición, no es justo que tengamos que continuar o abandonar esta tradición sin antes habernos comprometido con ella. [...] Fue esta razón lo que movió a toda la gente que se unió a nosotros [...]. Si tuviese que invitar ahora a los chavales a entrar en GS, creo que ya no usaría esta razón», como si dijera: durante los primeros quince años hicimos esto, pero ahora ya no lo haría así.

Frente a la provocación del 68 don Giussani no se empecinó (como si dijera: siempre he actuado así, por eso sigo haciendo lo mismo), sino que se deja provocar. Y esto le lleva a descubrir con mayor profundidad la naturaleza del cristianismo, hasta el punto de introducir una distinción entre «cristiandad» y «cristianismo». Me ha impresionado releer recientemente un pasaje de la *Amoris laetitia* en el que el Papa dice: «Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque “las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia”, a través de los cuales “la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio”» (Francisco, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, 31) del cristianismo. Por ello, solo quien acepta el desafío puede ser llevado y guiado a una inteligencia más profunda del misterio inagotable de lo que nos ha sucedido. Por tanto, la primera pregunta que quiero proponer es: ¿cómo responde Giussani al desafío?

Yo tengo una pregunta.

¡Ánimo!

Don Giussani empieza su intervención diciendo algo cuyo significado y alcance creo no haber comprendido: «Esta esperanza no se funda ya en lo que se os podría dar, sino en vosotros [...] una esperanza en mí y en ti, en ti y en mí, una esperanza en nuestra persona o en algo que está dentro de nuestra persona. No es una esperanza en algo de fuera, en una voz, en circunstancias, en una situación, en una ocasión, no es esperanza en eso, sino en algo que está dentro de nosotros» (p. 3). Pues bien, cuando en la

Jornada de apertura escuché estas palabras me dije: ahora explicará qué es este «algo» que está dentro de nosotros. Pero me da la impresión de que luego no lo hace o yo no lo he captado. Siempre he escuchado decir que la salvación viene de fuera de mí, que el anuncio no me lo he dado yo y menos aún ha dependido de mí, que es gratuito. Entonces, ¿cuál es el recurso que hay dentro de mí que puede hacer frente a la confusión de esta época? He intentado darme una explicación por mí misma, tratando de comprender el texto, e incluso me he dicho algunas cosas, pero me doy cuenta de que así corro el riesgo de cerrar la cuestión. Me gustaría que retomaras este punto y me explicases qué quiere decirme en verdad don Gius. Gracias.

Esta pregunta es crucial para comprender, como tú dices, «el alcance» de la intervención de Giussani. Te preguntaría cuál crees tú que es el recurso que tenía Giussani para afrontar el 68. Solo cuando uno se encuentra frente a los desafíos de la vida –no es que en todo este mes no nos hayamos visto desafiados: en el trabajo, en la familia, en las relaciones, en las circunstancias– puede observar cómo reacciona y con qué recursos. De este modo podemos establecer la comparación con Giussani, para poder comprender el alcance de lo que dice. Porque tienes toda la razón: el recurso es algo que está dentro de uno mismo. Por eso, que cada uno reflexione: «¿Cómo habría afrontado yo el desafío de la contestación?». Pero no es necesario que imaginemos cómo lo habríamos afrontado. Basta con que nos preguntemos: ¿Cómo he afrontado los asuntos, los desafíos cotidianos o excepcionales que he tenido que vivir recientemente? ¿Con qué recurso los he afrontado?». Dice Giussani: «Todo está en el acontecimiento [...] en algo que viene de fuera de nosotros [por eso tienes toda la razón] y se propone a lo más hondo de nuestra persona [era algo que ya se había cruzado en su vida, que entonces se propuso a lo más hondo de su persona]; pero viene de fuera [...] igual que una tormenta en el mar. [...] Un acontecimiento fuera de nosotros [pero que] nos atraviesa hasta el fondo con su propuesta; y esta propuesta que nos atraviesa hasta el fondo implica también a esa pobre persona que lo porta, a su pesar» (p. 11). Aquello con lo que don Giussani se topó estaba fuera, pero en un momento dado se volvió suyo. En caso contrario, no habría podido decir a los que le escuchaban: «Una esperanza en mí y en ti, en ti y en mí» (p. 3). Entonces, se ve que ha sucedido algo fuera de nosotros y se ve su alcance porque ha llegado hasta el fondo de nuestra persona.

Pero para que podamos comprender lo que nos ha sucedido, dice siempre don Giussani, hace falta una pobreza de espíritu –no sé cuántos de nosotros lo perciben cuando se encuentran frente a los desafíos de la vida: «El indicador más radical de la pobreza de espíritu es la escucha, es la posición de volver a escuchar y de escuchar: de escuchar nuevamente lo que ya se nos ha dado, y se nos ha dado con profusión» (p. 5). De lo que se nos ha dado tenemos para dar y tomar, pero muchas veces, como no hemos reconocido «lo que ya se nos ha dado, y se nos ha dado con profusión», no lo percibimos como un recurso. ¿Y entonces? Tú preguntas: ¿cómo afrontamos todos los desafíos que tenemos ante nosotros, la «confusión de esta época», como has dicho con una expresión muy pertinente? ¿Cómo los estáis afrontando? ¿Alguien ha tomado conciencia de «lo que ya se nos ha dado, y se nos ha dado con profusión»? En la intervención de don Giussani vemos que él es tan consciente de lo que se le ha dado –y que sabe que también se nos ha dado a nosotros: por eso dice que «la esperanza está [...] en ti y en mí»– que lo considera como el recurso para afrontar el desafío, «porque Dios, al ser el creador, el constructor, no puede prepararnos algo ahora más que en relación con lo que ya se nos ha dado [...], porque [...] cada momento encierra una novedad, una

novedad impresionante que urge en nuestra existencia y la empuja al camino, la provoca a descubrir» (p. 5). Por eso, cada cosa que nos sucede es para que descubramos más ese inicio que se nos ha dado, esa elección y preferencia que hemos descubierto en un momento dado al encontrar algo fuera de nosotros.

No he podido pensar en estas cosas sin que me viniera a la cabeza lo que nos dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad citando a von Balthasar: el inicio «es la fuente de la que jamás puede uno separarse. Incluso después, en seguida, cuando se produzcan las consecuencias, habrá de tenerse siempre presente esta premisa», porque «nuestra libertad es inseparable del hecho de haber sido liberados» (H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, 1981, pp. 21-22), inseparable por tanto de esa fuente que es Su acción, Su preferencia por nosotros. Por tanto, ¿qué recurso tiene Giussani para afrontar el 68? Esta preferencia, este origen del que nunca se separa. Y es únicamente la pobreza de espíritu lo que nos hace ser conscientes del recurso. Cuando esta pobreza no se da en nosotros, no nos damos cuenta de cómo afrontó don Giussani el desafío del 68, y cada uno empieza a hacer sus propios análisis, reduciendo todo a lo que ya sabe: «Porque en la falta de pobreza de espíritu, en la proporción exacta en que falta la pobreza de espíritu, ¿qué sucede? Que uno ya se sabe las cosas» (p. 10). No es que las niegue, sino que ya se las sabe, y por eso piensa: yo ya sé qué es el cristianismo y qué tiene que ver con el 68, qué tiene que ver con la confusión del presente, qué tiene que ver con el desafío del trabajo o con el problema de mi relación en casa. Por eso sigue don Giussani: «Cree que las sabe y reduce todo a lo que ya sabe, tiende a reconducir todo a lo que ya sabe. [Mientras que] solo el pobre de espíritu puede enriquecerse, la riqueza es solo para él: para el otro no hay más que agotamiento, es decir, vivir de las rentas, que es el agotamiento» (p. 10). Esto también nos sucede hoy a nosotros, porque también nuestro tiempo es «extremadamente pobre de espíritu, pero no en el sentido evangélico de la palabra [...] porque la riqueza del espíritu es [...] un acontecimiento de síntesis [Giussani no hizo un análisis del 68, sino que captó el núcleo del desafío y ofreció un juicio que todos hemos comprendido, sin necesidad de hacer no sé qué máster en Harvard], y el sentido de la historia es el indicador supremo de la riqueza del espíritu (p. 7).

¿Cuál es nuestro recurso para afrontar las circunstancias actuales? Don Giussani nos dice: una esperanza que hay en nosotros. Pero para nosotros, a veces, esto no es suficientemente concreto para percibirlo como un recurso. Por ello debe sucedernos algo que nos ayude a comprender cuál es la esperanza que hay en nosotros. No porque nos lo repitamos una y otra vez, sino porque otro la ve en nosotros y nos lo dice.

Al principio de este curso he «redescubierto» a un tío abuelo mío de unos sesenta años. «Redescubierto» en el sentido de que había coincidido con él en alguna ocasión en que nos reuníamos toda la familia. Este año nos invitó a comer a mi familia y a la de mi tía. Al igual que a mí, a él le gusta comer y beber bien, y nos trató como reyes. Yo estaba contentísimo comiendo y bebiendo, disfrutando a tope. Charlé con él un rato, pero nada en especial. De hecho, después de aquella comida, lo que yo contaba a mis amigos era todas las cosas ricas que habíamos comido y los vinos que habíamos bebido. Hasta que mi tía, algunas semanas después, me dijo que mi tío abuelo se había quedado muy impresionado conmigo. Sinceramente, yo no entendía por qué, y pensaba que se había emocionado por la pasión que compartimos por la comida y la bebida, pero nada más. Sin embargo, desde entonces empecé a notar un cambio en su actitud. Vino a mi

graduación al término del tercer curso, me escribía y me invitaba a que fuera a visitarle con mi novia, y me mandaba cosas ricas para comer. Un día decidí ir a verle con mi novia, tenía mucha curiosidad. Mientras íbamos al restaurante charlábamos, y él me hacía muchas preguntas, como si me estuviese estudiando, buscando algo. Lo comprendí de forma evidente, por poner un ejemplo, cuando me preguntó en un momento dado: «¿Desde cuándo sois novios?». Yo le respondí: «Desde hace casi seis años». «¡Ah, ya entiendo! Es ella la que te ha hecho sentar la cabeza, te ha cambiado y te ha hecho madurar así». Me asombró mucho su reacción. Durante la comida y la sobremesa tuve la posibilidad de contarle bien mi historia y de decirle claramente que lo que ha cambiado mi vida ha sido el encuentro con Cristo. Después de lo que conté, le vi abrirse mucho, y esto me asombraba cada vez más, dado que es mayor y que prácticamente no le conozco. Me preguntaba a mí mismo: ¿qué es lo que está pasando? Se abre, me cuenta un montón de cosas, sobre todo de las dificultades que está viviendo, y me habla mucho de los demás, de cosas externas, pero nunca de sí mismo. Entonces, cuando terminó de contarme, le pregunté: «Pero tú, tío, ¿cómo estás?». «Bueno, mi hijo...». Y yo: «No, no, tú, tío, ¿cómo estás?». «Bueno, este, el de más allá...». «No, no: ¿cómo estás tú?». A la tercera vez que se lo pregunté rompió a llorar, se conmovió y me dijo: «En realidad estoy triste, aunque parezca que lo tengo todo. Tengo dinero, parece que no me falta de nada, pero estoy triste». Me quedé de piedra, no sabía qué decir, pero quería entender qué estaba pasando, y por eso le pregunté: «Pero, ¿por qué me estás contando estas cosas a mí, que soy un pobrecillo que apenas te conoce y que solo tiene veintitrés años?». «Porque cuando nos vimos la primera vez en aquella comida, no sé por qué, pero vi en ti una esperanza. ¡El problema es que no veo en mí esta esperanza!». Este es el hecho. Cuántas veces me pasa que, viendo los rostros de amigos que están llenos de esperanza y de alegría, me paro y me digo: «Qué suerte tienen ellos, pero para mí es imposible, no hay ninguna posibilidad para mí ahora». Pero en la Escuela de comunidad de la universidad, después de un día gris, sucedió un hecho: un amigo contaba que estaba lleno de gratitud y disfrutaba por ello de cada momento. Yo reconocí que era verdad no porque lo dijera, sino porque su rostro lo testimoniaba, me lo testimoniaba. Se trata de mirar y de ver lo que está haciendo el Señor con este amigo mío, porque es esto lo que me contagia. Esta esperanza se le ha dado a él, se le da a otro para que también pueda ser mía. No «a él sí y a mí no», porque si fuera así me quedaría encasquillado en la queja. ¡Está ahí ya! Para mí se trata siempre de secundar Su método o el mío, y de verificarlo.

Alguien que no te conoce bien lo percibe, a pesar de no comprender exactamente qué es lo que portas: «Vi en ti una esperanza. ¡El problema es que no veo en mí esta esperanza!». Esto te devuelve la conciencia de lo que te ha sucedido, porque muchas veces, al igual que tu tío abuelo, piensas que estas cosas son imposibles para ti. ¿Qué te ha hecho comprender esto? Que para percibir todo lo que tienes ante tus ojos es preciso mirar y ver lo que está haciendo el Señor. Esto es lo único que contagia, lo único que tu tío abuelo y tú percibís como pertinente a las exigencias de vuestra vida. ¿Cómo ha descubierto tu tío abuelo la esperanza? A través de la esperanza que hay en ti y que ha llegado también a él. Y a partir de aquí ha nacido en él el deseo de entender.

A mis amigos y a mí nos gustaría entender a qué se refiere don Gius con la expresión «una presencia cargada de propuesta es, por tanto, una presencia cargada de significado» (p. 8). De hecho, en el trabajo común se planteaba el pensamiento

experiencial de que cada cosa puede ser una presencia que despierte el yo y lo provoque. Pero entonces, ¿a qué se refiere don Gius cuando sostiene que «no cualquier presencia con propuesta está cargada de significado»? (ibídem). De hecho, otros destacaban que en el texto se habla de testigo, de anuncio, de encuentro. Por tanto, parecería que quien se ve tocado por una presencia con una propuesta cargada de significado es capaz luego de percibir cada circunstancia como una presencia provocadora. ¿Podrías ayudarnos?

¿Cómo podemos entender que un anuncio es una presencia con una propuesta cargada de significado? En primer lugar, mirando dónde sucede, porque de otro modo nos quedamos bloqueados en nuestros razonamientos. Lo hemos visto en la intervención anterior. Nuestro amigo, siguiendo –como ha contado– y secundando el método de Dios, sin separarse de lo que había encontrado fuera de él, se ha visto traspasado por ello hasta el punto de implicar toda su persona. No ha ido a su tío abuelo a anunciarle de palabra la esperanza que hay en él, sino que esa esperanza le ha traspasado de tal modo que ha implicado toda su persona, y de este modo ha sido inevitable que se hiciera evidente para su tío abuelo, incluso sin haber hablado directamente de la esperanza. Una propuesta está llena de significado, nos dice don Giussani –y nosotros vemos que es verdad porque nos contagia–, cuando implica a la persona que lo porta. Es justamente lo que me cuenta una amiga que no ha podido venir esta noche. Escribe que, después de asistir al funeral de un paciente suyo al que tenía mucho cariño, al final de la misa «la hija me dio una nota en la que estaba escrito: “Querida doctora, en estos años de enfermedad de mi padre he pensado mucho en usted, que es capaz en cada instante, con sus palabras y con su tenacidad, de ir más allá de la enfermedad. Le doy las gracias por haberme ayudado a dar una razón a la esperanza que hay en cada uno de nosotros y a seguir amando a mi padre y acompañándole día tras día” [los demás reconocen la esperanza que portamos]. Es una gracia poder conocer a personas que ven el Más allá que portamos, y esto se convierte en un reclamo para ponerlo cada vez más en el origen de cada jornada y de todo lo que hago [lo que nosotros portamos, cuando otro nos lo devuelve con esta conciencia, se convierte también para nosotros en un reclamo para mirar la realidad con este “Más allá” en los ojos]. Otra cosa que me ha impresionado de este hecho está ligada a lo que has dicho al final de la Jornada de apertura de curso: “Pidamos la gracia de caer en la cuenta [...] de la responsabilidad que tenemos, no ciertamente por nuestros méritos, sino por lo que hemos recibido: un método a través del cual el anuncio cristiano, en su esencialidad, puede entrar en la vida de cada uno hasta llegar a implicar toda su persona” (p. 13). Es en verdad una gran responsabilidad, que percibo mucho en mi trabajo, en donde estoy en contacto con la humanidad reducida a lo esencial por la enfermedad y el dolor. Yo misma me veo reclamada por ellos a reconocer lo Esencial».

Esto es lo que ha conmovido a muchos, es decir, la novedad que representa el cristianismo. A muchos les ha impactado la insistencia de Giussani en el hecho de que el cristianismo es una novedad radical. Por eso me escribe uno de vosotros: «En el grupo con el que hemos preparado el texto de la Jornada de apertura de curso ha surgido esta pregunta: nos ha impresionado mucho la insistencia en el anuncio como novedad radical, “algo que no podía existir y existe”. ¿Cómo puede el anuncio seguir siendo imprevisible en el tiempo, en lo cotidiano?». ¿Cómo redescubrimos la novedad radical que porta el cristianismo? ¿Qué significan para nosotros –como lo fueron para don Giussani– las provocaciones de la realidad? ¿Qué experiencia vivimos de la novedad

radical que es el cristianismo? Como podemos ver, la cuestión no afecta a los de «fuera», sino a nosotros, que estamos «dentro». ¿No es así?

Sí. De hecho, lo que dice don Giussani sobre el hecho de que el reclamo a la tradición y al discurso ya no es capaz de mover a una adhesión, corre el riesgo de ser la descripción de mi relación con el movimiento: no me basta la historia, una historia que comenzó hace cuarenta años y que ha determinado todo en mi vida (trabajo, matrimonio, hijos), y tampoco me basta el hecho de que aquí pueda escuchar palabras y discursos más inteligentes y verdaderos que en otros lugares. No basta todo esto para moverme, aunque sea solo para moverme para ir a la Escuela de comunidad después de cenar o para adherirme a otras propuestas del movimiento. Hablando de esto con una amiga, se insinuaba esta consecuencia: en muchas propuestas del movimiento falta una novedad, falta una presencia cargada de significado que implique en ese significado a la persona que lo porta. Pero la Jornada de apertura no, ha sido un verdadero anuncio y no me costaría nada adherirme a los gestos si fuesen todos así. Por eso te pido que me ayudes con este paso: que el cristianismo es una presencia llena de significado que implica en ese significado a la persona que lo porta lo reconozco, lo he reconocido en la Jornada de apertura en don Giussani, lo reconozco en ti. Pero, ¿en mí? ¿Es este el «cambio radical de nuestra conciencia» del que habla don Giussani al final? Por eso nos has preguntado al final: «¿Cómo llega a ser experiencia para cada uno de nosotros este acontecimiento, cómo entra en las entrañas de nuestro yo?» (pp. 12-13).

¿Lo veis? Este es el gran desafío, porque no afecta a los demás, sino a nosotros: un movimiento vivido tan solo como tradición, como historia, como palabras y propuestas, tampoco nos basta a nosotros. Si no sucede algo que nos cambie, que nos mueva, advertimos la misma necesidad que percibimos en los demás. Por eso nos dice don Giussani que, si esto no vuelve a suceder en nosotros, no sabe cuánto tiempo permaneceremos en la Iglesia o en el movimiento. Ciertamente, podemos permanecer incluso de modo formal, pero no sé por cuánto tiempo seguirá interesándonos, si esta permanencia no llega hasta contagiarnos, por usar la palabra que han usado antes. En este punto, don Giussani nos invita a dar un paso, aclarando que la diferencia entre un auditorio infantil y uno maduro consiste precisamente en esto: «En la persona madura, en el hombre adulto, todo el acontecimiento dramático de la vida [...] se desarrolla dentro de él» (p. 4). Debemos aceptar la dramaticidad ante la que nos encontramos. Al igual que don Giussani, que tuvo que afrontar el 68, también tú tienes que afrontar desafíos muchas veces. Incluso la propuesta del movimiento es un desafío para ti: ¿tengo razones adecuadas para seguirlo? Si uno no comprende la densidad que tiene la propuesta, que no crea que puede arreglárselas viviendo de modo superficial. Frente a cada propuesta, cada uno de nosotros debe ir al fondo de la cuestión: «¿Por qué tengo que estar aquí esta noche? ¿Por qué tengo que participar en la Jornada de recogida de alimentos? ¿Por qué tengo que ir a la caritativa?». No nos bastará una respuesta superficial. No podremos permanecer como adultos en el movimiento sin hacer este camino, sin la tenacidad de un camino, porque –como dice don Giussani–, «tradición y teoría, tradición y discurso ya no pueden mover al hombre de hoy», como vemos que nos sucede también a nosotros, no solo a los demás.

Pero don Giussani añade otra cosa, que en mi opinión es muy importante entender. ¿Por qué ya no bastan tradición y discurso? Porque «para el hombre adulto y maduro este problema no se plantea precisamente porque, para llegar a ser adulto en la fe, es

necesario haberlo superado, es necesario haber superado el reclamo fascinante del motivo histórico y el reclamo admirable de una estética derivada de una perfección teórica» (p. 7). ¿Qué quiere decir esto? No pensemos que nos hemos convertido en adultos, en personas maduras, cuando poseemos más discursos y teorías o cuando tenemos reclamos que hacer. El hombre verdaderamente adulto se da cuenta –como te has dado cuenta tú– de que esto no basta. El hombre adulto tiene que haber superado este punto y tiene que haber percibido qué es lo que necesita de verdad. De hecho, como tú has dicho, un signo de madurez es darse cuenta de que esto ya no basta. ¡Pero este darte cuenta de que ya no es suficiente no es una desgracia! Un adulto comprende que esto le pone delante de la verdadera cuestión: ¿qué necesito yo? ¿Cómo puedo descubrir de verdad, a través de esta conciencia más aguda, qué es lo que falta, qué es lo que necesito?

Recientemente he vivido un periodo de mi vida con muchas dificultades en todo, como ya me ha pasado otras veces. Me he visto moviéndome muchas veces como si fuese huérfano, con una disminución de mi disponibilidad. Estoy herido por mi forma cerrada de mirarme a mí mismo y las relaciones de las que ya me sé todo. Sin embargo, un hecho me ha despertado en relación con la cuestión, planteada por Giussani, sobre la esperanza en algo que está dentro de nosotros y sobre la irreductible novedad que Cristo ha introducido. Hace algunos fines de semana estuve en la montaña para hacer algo precioso. Para mí ir a la montaña es un momento en el que puedo ser libre, estoy contento: es un momento privilegiado. Mientras caminaba con los demás y escuchaba sus conversaciones sobre cómo llegar a la cima, sobre las marchas pasadas (discursos bastante aburridos), percibí un chirrido increíble, hasta el punto de que me tuve que parar, porque frente a toda aquella belleza mi corazón quería más. Toda la euforia por la empresa que estábamos realizando era demasiado poco. Al llegar a la cima tenía el corazón contento, pero no feliz, y entonces me surgió una pregunta: el gusto por las cosas, ¿puede proceder tan solo de alcanzar un objetivo, incluso uno grande? Y llegué al juicio de que el gusto verdadero nace de la conciencia del origen de las cosas, de conocer Quién te da esas cosas. Por eso puedo decir que el hecho de que mi corazón gritase en aquellos dos días era ya el signo de un deseo de Él, de que volviese a suceder. Ese malestar fue el instrumento que me permitió darme cuenta de la naturaleza de mi corazón, y de que ni siquiera una cosa «súper» es capaz de llenarlo. Desde ese momento he podido comprender que me faltaba Él. Y puedo decir: «¡Pero, ¿qué corazón tengo, que ni siquiera una cosa bellísima puede llenarlo?!».

Esto es la madurez: «¡Pero, ¿qué corazón tengo, que ni siquiera una cosa bellísima puede colmarlo?!». Y cuando uno se da cuenta de ello, ¿qué se despierta en él? La conciencia de que su corazón quiere más. De hecho, toda la euforia por la empresa que estabas realizando era demasiado poco para la exigencia de tu corazón, y entonces percibiste que el gusto verdadero nace de conocer a Aquel que te da estas cosas. Amigos, si en todo lo que hacemos, en todo lo que encontramos, no llegamos al único «Quién» que puede hacer que sean interesantes mi persona y las cosas que hago, que puede responder a la totalidad de la exigencia de mi corazón, con el tiempo todo parecerá demasiado poco. Es lo que dice Jesús en el Evangelio con gran sencillez. Recuerdo dos episodios a los que hemos hecho referencia otras veces. «Los setenta y dos volvieron con alegría diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado el poder

de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo”» (Lc 10,17-20). Si no entendemos esto, si todo lo que vivimos no es para darnos cuenta de esto –frente a la alegría con la que vuelven los discípulos, Jesús, su verdadero amigo, les introduce en lo único que puede ser verdaderamente adecuado a su exigencia–, si en todo lo que vivimos no llegamos hasta ahí, cada cosa nos llevará necesariamente al escepticismo, porque nada nos basta. Menos mal que hay alguien que nos dice: «No os conforméis con esto», es decir, con lo que hacéis, porque no es suficiente. Lo comprende un hombre sencillo como el décimo leproso: le ha sucedido lo que deseaba –ser curado de la lepra–, ¡pero qué agudeza, que sencillez se necesita para darse cuenta de que la curación no es suficiente! Porque hay muchos que no tienen lepra y sin embargo están tristes, pueden tener de todo y estar tristes. Solo el décimo leproso comprendió qué era todavía más interesante que ser curado de la lepra: volver a Él, tener deseo de Él. Y por eso no le bastó obtener la curación.

Si no hacemos el trabajo de profundizar en lo que nos sucede, para percibir lo «único» que es pertinente a nuestra exigencia de plenitud, lo que puede responder a la tristeza que sorprendemos en nosotros o que vemos en los demás, lo que puede dar gusto –como decías– a las cosas, entonces nos encontraremos –como hemos dicho antes– preguntándonos si todas las cosas que hacemos son suficientes para que siga siendo interesante la participación en las propuestas del movimiento. Estas propuestas se nos hacen y nos las proponemos no porque puedan darnos algo mecánicamente, sino para que se desvele ahí dentro, en lo que portamos –como le ha resultado evidente al tío abuelo de nuestro amigo–, la esperanza que hay en nosotros. Entonces, ¿cuál es la prueba de que la esperanza está en nosotros? Que, en las circunstancias en que vivimos, nos descubrimos libres de cualquier proyecto nuestro, de buscar otro punto de apoyo fuera de lo que nos ha sucedido. En mi opinión, se trata de un desafío enorme que tenemos ante nosotros.

Mientras trabajaba en la Escuela de comunidad, he releído un fragmento de uno de los Equipos del CLU, *Uomini senza patria*, en donde Giussani volvía a este punto. Era 1982, y en esos años todos habían oído hablar de esto, en el 68 y en los años posteriores, pero es como si esto no se hubiese vuelto suyo. De hecho, dice en ese Equipo: «En el 73, en el 75, en el 76, en el 77» y sigue, pusimos nuestra esperanza en algo que hacíamos nosotros. Y cita una intervención que habla de «gente que identifica su propia consistencia [...] en una forma expresiva de sí» (L. Giussani, *Uomini senza patria. 1982-1983*, BUR, Milán 2008, pp. 95, 97). La esperanza no había penetrado hasta el punto de definir la posición del yo ante los desafíos, y entonces uno buscaba su consistencia en algo que fuese expresión suya. ¿Cómo podemos ser tan libres para reconocer lo que nos ha dicho don Giussani, es decir, que la respuesta al desafío del 68 era la esperanza que había en él y que hay en nosotros («en ti y en mí») y no en lo que hacemos o en los proyectos que somos capaces de realizar? «Abandonarnos a esta Presencia nos obliga a abandonar la confianza en nuestra acción, en nuestra obra, en nuestro modo de concebir, es decir, en nuestro modo de hacer obrar los valores, es decir, en nuestra ideología, aunque sea cristiana como inspiración y como pretexto» (*ibídem*, pp. 95-96). Porque esta esperanza podrá ser suficiente para vivir solo si nos damos cuenta –como se dio cuenta el tío abuelo– de que todo lo que tenemos y hacemos no responde a la tristeza, como tampoco responde –como decía Giussani en ese momento–

a la «inseguridad existencial», es decir, al «miedo profundo, que nos hace buscar el apoyo en nuestras expresiones» (*ibídem*, p. 96), identificando nuestra consistencia con lo que hacemos. «Mientras que nuestra consistencia está en algo distinto de nosotros» (*ibídem*, p. 97). Por eso decía: «El Manifiesto [de 1982] es una ruptura dramática con diez años o más de camino en el que el CLU ha usado [...] los valores cristianos sin conocer a Cristo, sin reconocer verdaderamente a Cristo» (*ibídem*, p. 98), y por tanto no ha conseguido vencer la inseguridad existencial. Y si no se vence la inseguridad existencial como experiencia, se busca el punto de apoyo en otro sitio. En este sentido, podremos verificar si hemos comprendido el alcance de lo que dijo Giussani en el 68 si el contenido de la Jornada de apertura de curso está atravesando de verdad nuestra vida, si lo consideramos una propuesta adecuada y pertinente a las exigencias de la vida, a la confusión que vivimos, a la inseguridad que vivimos, al caos que vivimos, a la situación social, cultural y política en que vivimos. Si no es así, buscaremos el punto de apoyo en otro sitio.

Por eso tenemos ante nosotros el criterio para empezar este año: ¿en qué medida la esperanza está en nosotros, en lo que nos ha sucedido, hasta el punto de que nos sorprendemos porque esto prevalece sobre cualquier otro punto de apoyo? ¿O bien buscamos la esperanza en nuestros análisis o en las cosas que consideramos más adecuadas? La Jornada de apertura de curso ilustra dónde ponía Giussani su esperanza para afrontar el desafío del 68. Cada uno de nosotros debe preguntarse: ¿dónde ponemos nuestra esperanza para afrontar el cambio de época, la confusión que prevalece, la tristeza o el vacío o para responder a la situación social y política en que nos hallamos? ¿Percibimos el contenido de la Jornada de apertura como pertinente, o también nosotros buscamos la esperanza en donde la buscan todos, es decir, en el hombre fuerte o en quien promete eliminar la pobreza?

Nos esperan dos gestos que pueden ayudarnos a tomar conciencia de esto: la Jornada de recogida de alimentos y las Tiendas AVSI. Podemos vivirlos con la conciencia que hemos adquirido trabajando sobre la Jornada de apertura o podemos llevarlos a cabo, en el fondo, como algo paralelo, que no resuelve nada porque la solución de los problemas estaría en otro sitio. Sin la conciencia que hemos alcanzado con la Jornada de apertura podremos incluso vivir estos gestos como pretextos para tapar nuestra inseguridad existencial, concibiendo las cosas que hacemos como nuestro punto de apoyo. Por eso será interesante verificar, a toro pasado, en dónde se apoya nuestra esperanza mientras hacemos la recogida de alimentos o las Tiendas y en nuestro modo de reaccionar ante las circunstancias. Esto es lo que tenemos ante nosotros como posibilidad de verificación. Si todo lo que hacemos no es para crecer en la conciencia de que esa esperanza –que Giussani dice que está en nosotros– es capaz de permitirnos estar en pie ante las circunstancias, ante los desafíos de todo tipo, desde los personales a los sociales, pasando por los políticos, la Jornada de apertura de curso habrá sido una bonita meditación para entretenernos un rato, pero no la consideraremos pertinente a los desafíos de la vida. Y entonces buscaremos la respuesta a los desafíos en otros foros, contando con otros puntos de apoyo. Como ya ha sucedido (como nos dice Giussani: «En el 73, en el 75, en el 76, en el 77»), quizá nos conviene no ser tan presuntuosos de pensar que ya hemos comprendido. ¡Será una buena verificación que realizar!

Gracias a Dios, la Escuela de comunidad que nos espera prosigue con el capítulo de *Por qué la Iglesia* titulado «El lugar de la verificación: la experiencia humana». En dicho capítulo el tema es la propuesta que se nos ha hecho en la Jornada de apertura de curso,

y que podemos seguir teniendo en los ojos para verificarla ante los desafíos de la vida y experimentar si la consideramos pertinente a ellos. No es fácil considerarla como tal, no es obvio reconocerla como correspondiente a la naturaleza del desafío. De hecho, ¿quién de nosotros habría pensado que la intervención de don Giussani era lo más pertinente, en ese caos, a las exigencias del 68? ¿No habríamos pensado quizá que era el máximo del intimismo o el máximo de vivir fuera de la historia? ¿Acaso no habríamos buscado en otro sitio soluciones más «concretas»? Por eso, al empezar el trabajo sobre este capítulo, cada uno de nosotros puede verificar la propuesta cristiana que hemos encontrado si descubre su correspondencia o no con las exigencias de la vida. El criterio para verificar si lo que la Iglesia repite con Jesús puede ser reconocido como creíble es su correspondencia con las exigencias de la vida, con los desafíos de la vida, con las provocaciones de la realidad. Tendremos una ocasión estupenda para recorrer este trecho de camino no como una reflexión abstracta sobre un texto, sino como una verificación de cómo afrontamos la situación en la que vivimos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 21 de noviembre a las 21 horas.

Continuaremos el trabajo sobre el texto *Por qué la Iglesia*: «El lugar de la verificación: la experiencia humana», desde la página 283 a la 290. Como he dicho, con esta Escuela de comunidad podremos verificar lo que hemos escuchado en la Jornada de apertura de curso. De hecho, todo el capítulo está dedicado justamente al tema de la verificación, porque sin ella no hay camino. Todo lo que ha hecho don Giussani ha sido justamente para hacer crecer nuestro yo, y para esto nos ha invitado a la tenacidad de un camino, de un trabajo. Ayudémonos en los grupos de Escuela de comunidad a este trabajo de retomar el texto.

II Jornada Mundial de los Pobres

El domingo 18 de noviembre tendrá lugar la II Jornada Mundial de los pobres. El movimiento propone a todos sostener dos gestos como una forma sencilla de adherirnos a la preocupación del papa Francisco:

- La Jornada nacional de recogida de alimentos, que tendrá lugar el sábado 24 de noviembre
- La Campaña Tiendas AVSI en el periodo de Navidad, que este año tendrá por título: «Bajo el mismo cielo», y servirá para sostener distintos proyectos. Los principales son: en Siria, para que personas sin recursos puedan recibir tratamiento gratuito en hospitales; en Brasil, para la acogida de refugiados que huyen de Venezuela; en Burundi y en Kenia, para un proyecto que contempla la creación de puestos de trabajo; en Italia, para sostener el trabajo de las Hermanas de Caridad de la Asunción con niños y familias pobres.

Estos gestos nos ofrecen la posibilidad de colaborar para generar un sujeto, sobre todo en quien los realiza, es decir, un yo que en su forma de responder a las necesidades ayuda a hacer crecer a otros yoes. Nadie habría dado como respuesta al 68 la que dio Giussani. Para nosotros habría sido, como decía, demasiado «intimista». En cambio, se demostró como la más pertinente a la situación. Así es también hoy para nosotros: o todo lo que hacemos es para comunicar esta novedad –por tanto, también los dos gestos

que nos esperan— o bien hacemos la «cristiandad» más que el «cristianismo». «El cristianismo es otra cosa», como hemos escuchado a don Giussani. Por eso, ¡buen trabajo a todos!

Veni Sancte Spiritus